

daré empero el hilo por un poco, tornando algún tanto atrás.

Pensé hacer lo mejor para mí cuando dije á la duquesa cómo no podía yo tratar de aquello que ya no estaba en mi poder, por haber dicho al duque que me conformaba con lo que me quisiese dar. Y esto lo dije pensando hacerme grato; y con aquella pequeña humildad buscaba todos los remedios oportunos para aplacar algún tanto al duque, porque pocos días antes de que se llegase al acuerdo propuesto por Albizi, el duque dió muchas muestras de hallarse irritado conmigo. Y la causa fué que, doliéndome con Su Excelencia de ciertos perjuicios gravísimos que me hacían Alfonso Quistello y Jacobo Polverino, fiscales, y más que todos el volte-rano Juan Bautista Brandini, al manifestar con algunas muestras de apasionamiento a estas mis razones, ví al duque airarse tanto, que más no puede imaginarse. Y así que Su Excelencia Ilustrísima vióse acometido por aqúeste gran furor, díjome:

—Este caso es como aquel de tu Perseo, que me pediste por él diez mil escudos. Te dejas vencer demasiado por tu interés; eso no obstante, quiero hacerlo estimar y te daré por él todo aquello en que me fuere tasado. Al momento respondí á aquellas palabras quizá con exceso de altivez y medio encolerizado (lo cual no es conveniente hacerlo con los grandes señores), y dije:

—¡Oh! ¿Cómo es posible que mi obra me sea estimada en su precio, no habiendo hoy en Florencia hombre alguno que la supiese hacer?

Entonces el duque entró en mayor furia, y prorrum-pió en muchas palabras airadas, entre las cuales dijo:

—En Florencia existe hoy un hombre que sabría hacer una como aquella, y por ese motivo la sabrá juzgar muy bien.

Quiso referirse á Bandinelli, caballero de Santiago. Entonces repliqué:

—Señor mío, Vuestra Excelencia Ilustrísima me ha dado facultad para que en la mayor escuela del mundo haya hecho yo una grande y difícilísima obra, la cual hame sido loada más que obra alguna que nunca se haya descubierto en aquesta divinísima Escuela. Y lo que más me ha hecho enorgullecer, ha sido lo hecho por aquellos hombres excelentes que conocen y practican el arte, como el pintor Broncino: aqúeste hombre ha trabajado y me ha hecho cuatro sonetos, diciendo las más selectas y gloriosas palabras que sea posible decir; y por causa de aqúeste admirable hombre quizá se haya alzado tan gran rumor en toda la ciudad; y así bien, digo que si se diese á la escultura conforme lo ha hecho á la pintura, él sí que quizá pudiera saberla hacer bien. Y más digo á Vuestra Excelencia Ilustrísima: que mi maestro Miguel Angel Buonarroti, si bien hubiera hecho una como ella cuando era más joven, no hubiese pasado menos fatigas que he pasado yo; mas ahora que es viejísimo, tengo por cierto cómo no la haría; de modo que no creo que haya hoy noticia de hombre alguno que la supiese conducir á feliz término. Así que, mi obra ha obtenido el mayor premio que pudiera

yo apetecer en el mundo; máxime cuando Vuestra Excelencia Ilustrísima, no sólo se ha proclamado contento de mi obra, sino que más que ningún otro hombre me ha dicho loores de ella. ¿Pues qué mayor y honroso premio se puede anhelar? Digo en verdad que Vuestra Excelencia no podía pagarme con más gloriosa moneda, y que ciertamente no hay tesoro alguno que pueda equipararse con aqueste; por tanto, estoy pagado con exceso, y de ello doy gracias á Vuestra Excelencia Ilustrísima con todo mi corazón.

A estas palabras respondió el duque, y dijo:

—¿Piensas tú, pues, que no tenga yo tanto con qué podértelo pagar? Yo te digo que te la pagaré mucho más de lo que vale.

—No me imaginaba, dije entonces, obtener otro premio de Vuestra Excelencia; mas téngome por pagadísimo por aquel primero que me ha dado la escuela; y con éste solo quiero irme con Dios, sin tomar nunca aquella casa que Vuestra Excelencia Ilustrísima me donó, ni tampoco quiero curarme de ver jamás á Florencia.

Estábamos precisamente junto á Santa Felicitas, y Su Excelencia regresaba á palacio. A estas coléricas palabras mías, volviése de pronto el duque con gran risa, y me dijo:

—¡No te partas; y mira bien que no te partas!

De modo que, medio espantado, le acompañé á palacio. Llegado que hubo Su Excelencia á palacio, llamó al obispo de Bartolini, arzobispo de Pisa, y al señor Pan-

dolfo de la Stufa, y les dijo que encargasen de su parte á Baccio Bandinelli que se fijara bien en aquella obra mía del Perseo, y que la estimase; porque el duque me la quería pagar en su justo precio.

Estos dos hombres de bien fueron al momento en busca de dicho Bandinelli, y al hacerle la embajada, les dijo cómo había estudiado muy bien aquella obra y sabía perfectamente cuál era su valor; mas hallándose en discordia conmigo por otros negocios pasados, no quería preocuparse de mis asuntos en manera alguna. Entonces aquestos dos nobles personajes añadieron diciendo:

—El duque nos ha dicho que so pena de incurrir en su desgracia, os manda que le digais el precio; y si quereis dos ó tres días de tiempo para estudiarlo bien, tomáoslos y decidnos luego vuestro parecer sobre lo que aquel trabajo mereciere.

El antedicho respondió cómo habíala estudiado muy bien y no podía faltar á los mandatos del duque, y que aquella obra había resultado muy opulenta y hermosa; de suerte que á su parecer bien merecía diez y seis mil escudos de oro y aun más.

En seguida los buenos gentilhombres se lo refirieron al duque, quien airóse malamente, y asimismo me lo repitieron á mí. Repliquéles que de ninguna manera quería yo aceptar el laudo de Bandinelli, aunque aqueste mal hombre habla mal de todos. Estas palabras mías fueron transmitidas al duque, y por eso quería la duquesa que me remitiese á ella.

yo apetecer en el mundo; máxime cuando Vuestra Excelencia Ilustrísima, no sólo se ha proclamado contento de mi obra, sino que más que ningún otro hombre me ha dicho loores de ella. ¿Pues qué mayor y honroso premio se puede anhelar? Digo en verdad que Vuestra Excelencia no podía pagarme con más gloriosa moneda, y que ciertamente no hay tesoro alguno que pueda equipararse con aqueste; por tanto, estoy pagado con exceso, y de ello doy gracias á Vuestra Excelencia Ilustrísima con todo mi corazón.

A estas palabras respondió el duque, y dijo:

—¿Piensas tú, pues, que no tenga yo tanto con qué podértelo pagar? Yo te digo que te la pagaré mucho más de lo que vale.

—No me imaginaba, dije entonces, obtener otro premio de Vuestra Excelencia; mas téngome por pagadísimo por aquel primero que me ha dado la escuela; y con éste solo quiero irme con Dios, sin tomar nunca aquella casa que Vuestra Excelencia Ilustrísima me donó, ni tampoco quiero curarme de ver jamás á Florencia.

Estábamos precisamente junto á Santa Felicitas, y Su Excelencia regresaba á palacio. A estas coléricas palabras mías, volvióse de pronto el duque con gran risa, y me dijo:

—¡No te partas; y mira bien que no te partas!

De modo que, medio espantado, le acompañé á palacio. Llegado que hubo Su Excelencia á palacio, llamó al obispo de Bartolini, arzobispo de Pisa, y al señor Pan-

dolfo de la Stufa, y les dijo que encargasen de su parte á Baccio Bandinelli que se fijara bien en aquella obra mía del Perseo, y que la estimase; porque el duque me la quería pagar en su justo precio.

Estos dos hombres de bien fueron al momento en busca de dicho Bandinelli, y al hacerle la embajada, les dijo cómo había estudiado muy bien aquella obra y sabía perfectamente cuál era su valor; mas hallándose en discordia conmigo por otros negocios pasados, no quería preocuparse de mis asuntos en manera alguna. Entonces á estos dos nobles personajes añadieron diciendo:

—El duque nos ha dicho que so pena de incurrir en su desgracia, os manda que le digais el precio; y si quereis dos ó tres días de tiempo para estudiarlo bien, tomáoslos y decidnos luego vuestro parecer sobre lo que aquel trabajo mereciere.

El antedicho respondió cómo habíala estudiado muy bien y no podía faltar á los mandatos del duque, y que aquella obra había resultado muy opulenta y hermosa; de suerte que á su parecer bien merecía diez y seis mil escudos de oro y aun más.

En seguida los buenos gentilhombres se lo refrieron al duque, quien airóse malamente, y asimismo me lo repitieron á mí. Repliquéles que de ninguna manera quería yo aceptar el laudo de Bandinelli, aunque aques-te mal hombre habla mal de todos. Estas palabras mías fueron transmitidas al duque, y por eso quería la duquesa que me remitiese á ella.

Todo esto es la pura verdad; sólo diré que hubiera sido lo mejor para mí dejarme justipreciar por la duquesa, porque hubiese sido pagado en breve y hubiera logrado aquel aumento de precio.

XCVIII.

El duque me hizo saber por medio de su auditor el señor Lelio Torello, cómo quería que hiciese yo ciertas historias en bajo relieve de bronce alrededor del coro de Santa María del Fiore; y por ser dicho coro empresa de Bandinelli, no quería yo enriquecer sus obrejas con mis trabajos; á pesar de que dicho coro no era de traza suya, porque no entendía de arquitectura lo más mínimo del mundo (el dibujo era del ebanista Julian, hijo de Baccio de Agnolo, el que estropeó la cúpula) (1); baste saber que no tenía mérito ninguno.

Por una y otra causa no quería yo de ningún modo hacer tal obra; mas cortésmente contestaba siempre al duque cómo haría todo cuanto me mandase Su Excelencia Ilustrísima; de modo que Su Excelencia encargó á los fabriqueros de la obra de Santa María del Fiore que se pusiesen de acuerdo conmigo; que Su Excelencia sólo me pasaría mi pensión de los doscientos escudos al año; y que cualquiera otra cosa, quería que di-

(1) La cúpula que echó á perder Baccio de Agnolo fué la del Duomo de Florencia (catedral), produciéndole á Miguel Angel el efecto de una jaula de grillos.

chos fabriqueros la supliesen de los fondos de la mencionada obra.

Así, pues, me presenté ante los referidos fabriqueros, quienes dijéronme todas las órdenes que tenían del duque. Y como con ellos me parecía poder con mucha mayor seguridad decir mis razones, comencé á mostrarles cómo tantas historias de bronce serían de grandísimo costo, lo cual era arrojar los dineros á la calle; díjeles todos los motivos, con los que les dejé convencidos.

El primero es que aquella traza del coro era por completo incorrecta, sin razón ninguna y sin que se viese allí ni arte, ni comodidad, ni gracia, ni dibujo; el otro era que dichas historias habían de ir puestas tan bajas, que andarían por el suelo y serían un meadero de perros y de continuo estarían llenas de todo género de suciedades; y que por dichos motivos, de ningún modo quería yo hacerlas.

Sólo por no tirar á la calle el resto de mis mejores años y por no dejar de servir á Su Excelencia Ilustrísima, á quien con tanto gusto deseaba yo servir, por este motivo, si Su Excelencia quería aprovechar mis trabajos, que me dejase hacer la puerta de en medio de Santa María del Fiore, la cual sería obra muy visible y de mucho mayor gloria para Su Excelencia Ilustrísima; y me obligaría por contrato á que si no la hiciese mejor que la más hermosa de las puertas de San Juan (1), no que-

(1) El intento podía parar en gloria ó desprestigio de Cellini, puesto que pretendía emularse con Lorenzo Ghiberti, autor

ría nada por mi trabajo; mas como lograrse terminarla conforme á lo que yo me prometía, contentábame con que se justipreciase y se me dieran después mil escudos menos de aquello en que por los hombres del arte fuese estimada.

A estos fabriqueros plúgoles mucho mi propósito y fueron á hablar de él al duque (uno de ellos fué Pedro Salviati), creyendo decir al duque cosa que le fuese muy grata; mas ocurrió todo al revés, y dijo que siempre quería hacer yo todo lo contrario de aquello que á él placíale que hiciese; y sin más respuesta, el mencionado Pedro partióse del duque.

Cuando tuve noticia de esto, fuíme á escape en busca del duque, el cual se mostró algún tanto enfadado conmigo, y á quien rogué que se dignase escucharme, como así me lo prometió. De suerte que comencé por el principio, y con las mejores razones le dí á entender lo verdadero de tales cosas, manifestando á Su Excelencia cómo era un gran gasto tirado á la calle. Le suavicé mucho diciéndole que si á Su Excelencia Ilustrísima no le agradaba que se hiciese aquella puerta, era necesario hacer en aquel coro dos púlpitos, los cuales serían dos grandes obras para gloria de Su Excelencia Ilustrísima; y que yo haría para ellos un gran número de historias de bronce en bajo-relieve, con muchos adornos. Así le sosegué, y me encargó que hiciese los modelos.

de las puertas de bronce del Baptisterio de San Juan en Florencia, llamadas por Miguel Angel *las Puertas del Paraiso*.

Hice varios modelos y me tomé grandísimo trabajo; entre otros hice uno de ocho caras, con mucho mayor estudio que los demás, y me parecía mucho más cómodo para el servicio que tenía que hacer. Y habiéndolos llevado varias veces á palacio, hizome saber Su Excelencia, por conducto del señor César, su guardarropa, que se los dejase. Después que los hubo visto el duque, ví que Su Excelencia había elegido el menos bello.

Un día me hizo llamar Su Excelencia, y al hablar de los antedichos modelos, le dije y demostré con muchas razones cómo aquel de las ocho caras hubiera sido mucho más cómodo para tal servicio, y mucho más hermoso de ver. El duque me respondió que quería que lo hiciese cuadrado, pues agradábale mucho más de aquel modo, y así departió conmigo muy placenteramente una gran pieza. No dejé de manifestarle todo cuanto se me ocurrió en defensa del arte. Acaso porque el duque conociese cómo yo decía la verdad, y sin embargo quisiera que se hiciese á su modo, se pasó mucho tiempo sin que me fuese dicho nada.

XCIX.

Por este tiempo el gran mármol de Neptuno había sido llevado por el río Arno y luego conducido por el Grieve (1) al camino del Poggio de Caiano, para poder-

(1) El Grieve no es navegable y está á la izquierda del Arno, por lo cual no puede atravesar el camino entre el Arno

lo conducir después mejor á Florencia por aquel camino llano, donde fui á verlo.

Y si bien estaba yo ciertísimo de que la duquesa, por su propio favor, lo había hecho dar al caballero Bandinelli, no por envidia que yo tuviese al Bandinelli, mas movido á compasión del pobre infortunado mármol (mírese cómo sea cual fuere la cosa sujeta á mal destino, aunque se la trate de librar de cualquier mal evidente, sucede que cae en otro mucho peor, como le ocurrió á dicho mármol en manos de Bartolomé Ammannato, de lo cual se dirá lo cierto en su lugar oportuno), visto que hube el bellissimo mármol, tomé en el acto su altura y su grosor en todos los sentidos, y tornándome de allí á Florencia, hice algunos modelitos á propósito.

Después me fui al Poggio de Caiano, donde estaban el duque y el príncipe su hijo; encontrélos á todos en la mesa, comiendo aparte los duques, de modo que me puse á departir con el príncipe. Y habiendo conversado con él una gran pieza, oyóme el duque, quien estaba en una estancia allí próxima, y con mucho favor me hizo llamar. Así que estuve frente á Su Excelencia, con muy afables palabras comenzó la duquesa á conversar conmigo; en la cual conversación poco á poco empecé á tratar de aquel bellissimo mármol que había yo visto, y á decir cómo en su muy noble Escuela habían hecho los antiguos una cosa muy excelente, sin más que obligar á hacer los proyectos en competencia á todos los so-

y Caiano, que está á la derecha. Cellini se ha equivocado, y en su lugar debiera decir la *Ombone de Pistoia*.

bresalientes en sus respectivas profesiones; y de aquel loable modo habíanse hecho la admirable cúpula, las hermosísimas puertas de San Juan y tantos otros bellos templos y estatuas que constituyen una corona de obras maestras para su ciudad, la que desde los antiguos acá no había logrado otra semejante. Al punto la duquesa me dijo con cólera cómo muy bien sabía ella lo que yo quería decir, y manifestó que en presencia suya jamás hablase de aquel mármol, porque le causaría disgusto.

—¿Conque os causo disgusto, dije, por querer ser procurador de Vuestra Excelencia, poniendo todos los medios para que podais ser mejor servidos? Reflexionad, señora mía. Si Vuestras Excelencias Ilustrísimas se conforman en que cada cual haga un modelo del Neptuno, aun cuando estéis resueltos por Bandinelli, aquesto será causa de que el Bandinelli, por honor suyo, se ponga con mayor estudio á hacer un buen modelo, de como lo haría si supiera que no hubiese de tener competidores, y de este modo seriais mucho mejor servidos. Y no quitando estímulos á la excelente Escuela, veréis cómo se despierta al bien, quiero decir, al buen estilo de aquesta admirable arte, y mostraréis que vosotros, los señores, os deleitáis y entendeis en ello.

La duquesa me dijo con gran cólera que la causaba fastidio y quería que aquel mármol fuese para Bandinelli; y añadió:

—Pregúntaselo al duque, pues también Su Excelencia quiere que sea de Bandinelli.

Hablado que hubo la duquesa, el duque, que hasta entonces había estado en silencio, dijo:

—Hace veinte años que hice sacar de la cantera aquel magnífico mármol á posta para Bandinelli; así, pues, quiero que el Bandinelli lo tenga y sea suyo.

Súbito me volví al duque y exclamé:

—Señor mío, ruego á Vuestra Excelencia Ilustrísima que me dé su licencia para decir á Vuestra Excelencia cuatro palabras en su servicio.

El duque me contestó que dijese todo aquello que yo quisiera, y que él me escucharía; entonces dije:

—Sabed, señor mío, cómo aquel mármol de que el Bandinelli hizo su Hércules y Baco, fué extraído para aquel admirable Miguel Angel Buonarroti, quien había hecho el modelo de un Sansón con cuatro figuras, el cual hubiera sido la más bella obra del mundo, mientras que vuestro Bandinelli sólo sacó de él dos figuras mal hechas y con remiendos; por eso la excelente escuela aún se queja á gritos de la gran sinrazón hecha á aquel hermoso mármol. Creo que se fijaron más de mil sonetos en vituperio de aquesta obreja, y sé que Vuestra Excelencia Ilustrísima lo recuerda muy bien. Y por ese motivo, poderoso señor mío, si los hombres á cuya cura estaba fueron tan insipientes que quitaron aquel magnífico mármol á Miguel Angel, para quien fué sacado, y se lo dieron á Bandinelli, quien lo estropeó, como se vé, ¡oh! ¿consentiréis ahora que aqueste todavía más bellissimo mármol, aun cuando sea de Bandinelli, que lo habría de echar á perder, no se le dé á

otro hombre hábil que os lo trabaje? Señor mío, haced que todo el que lo quiera haga un modelo y descúbranse después todos en la Escuela; y Vuestra Excelencia Ilustrísima escuchará lo que la Escuela dice, y Vuestra Excelencia, con aquel buen juicio suyo, sabrá escoger lo mejor; y de esta manera no arrojaréis á la calle vuestros dineros, ni quitaréis tampoco el ánimo á una tan admirable Escuela, la cual es hoy única en el mundo, y absoluta gloria de Vuestra Excelencia Ilustrísima.

Así que el duque me hubo escuchado benignísimamente, en seguida se levantó de la mesa, y volviéndose hacia mí, dijo:

—Vete, vete, Bienvenido mío; haz un modelo y conquista para tí aquel bello mármol, porque tú me dices la verdad y yo lo reconozco así.

La duquesa, amenazándome con la cabeza, indignada, se quedó gruñendo entre dientes no sé qué; despedíme de ellos y me torné á Florencia, pues ya me parecía tardar mil años en poner mano en dicho modelo.

C.

Así que el duque regresó á Florencia, sin darme á entender nada se vino á mi casa, donde le mostré dos modelitos diversos el uno del otro; y aun cuando dijo loores de los dos, manifestóme que uno de ellos le placía más que el otro, y que concluyese bien aquel que le agradaba, pues me convendría; y cómo Su Excelencia había visto los que habían hecho Bandinelli y algunos

otros, Su Excelencia alabó mucho más el mío sin comparación; que así me fué dicho por bastantes de sus cortesanos, que hubieron de oirlo.

Entre otros notables recuerdos, dignos de hacer especialísima mención de ellos, hay el de que, habiendo venido á Florencia el cardenal de Santa Fiore y llevádole el duque á Poggio de Caiano, al ir durante el viaje y ver el referido mármol, el cardenal lo elogió grandemente y preguntó después á quien lo había dedicado Su Excelencia para que lo labrase.

El duque contestó al momento:

—A mi Bienvenido, quien ha hecho para él un bellissimo modelo.

Así me lo refrieron hombres dignos de fe, y por eso me fuí en busca de la duquesa y la llevé algunas agradables cosillas de mi arte, las cuales agradeció mucho Su Excelencia Ilustrísima; después me preguntó en qué trabajaba, á lo cual respondí:

—Señora mía, me he dedicado por gusto á hacer una de las más fatigosas obras que se hayan hecho jamás en el mundo: es un Crucifijo de mármol blanquísimo sobre una cruz de mármol negrísimo, y es tamaño cuanto un hombre vivo de gran estatura (1).

Al momento me preguntó acerca de qué pensaba hacer de él, y contesté:

—Sabed, señora mía, cómo no lo diera á quien por él

(1) Este es el tan notable Cristo del Escorial, existente en el trascoro, y del que hablamos en nuestro *Prólogo* á la presente obra.

me diese dos mil ducados de oro en oro; porque en una obra como esa, ningún hombre se ha impuesto jamás tan extremada fatiga, y nunca me hubiera obligado á hacerlo para cualquier señor, por miedo de no quedar en vergüenza. Me he comprado los mármoles con mi dinero, y he tenido cerca de dos años un mancebo para ayudarme; y entre mármoles y herrajes con que está sujeto y salarios, me está en un costo de más de trescientos escudos, así que no lo daría por dos mil escudos de oro; mas si Vuestra Excelencia Ilustrísima quiere concederme una muy lícita gracia, yo con mucho gusto os haré de él liberal presente. Sólo ruego á Vuestra Excelencia Ilustrísima que no me desfavorezca ni tampoco trate de favorecerme en los modelos que Su Excelencia Ilustrísima ha encargado que se hagan del Neptuno para el gran mármol.

Ella me dijo con mucho enfado:

—¿Conque en nada estimas mi ayuda ó mi disfavor?

—Y tanto como los estimo, señora mía; ¿pues por qué os ofrezco regalaros aquello que estimo en dos mil ducados? Mas confío tanto en mis fatigosos y disciplinados estudios, que me prometo conquistar para mí la palma, aun cuando estuviese aquel gran Miguel Angel Buonarroti, del cual y no de otro alguno he aprendido todo cuanto sé; y agradaríame mucho más que hiciese un modelo él, que tanto sabe, que no aquestos otros que saben tan poco; porque con aquel tan gran maestro mío, pudiera yo ganar bastante, mientras que con estos nada se puede ganar.

Dichas estas palabras, levantóse medio irritada, y yo torné á mi trabajo, apresurando mi modelo á más no poder. Concluído que lo hube, el duque vino á verlo; con él estaban dos embajadores, el del duque de Ferrara y el de la señoría de Lucca, y les plugo grandemente también; y el duque dijo á aquellos señores:

—Bienvenido es en verdad quien lo merece.

Entonces los mencionados, favoreciéronme sobre manera los dos, y más el embajador de Lucca, quien era persona letrada y doctor (1).

Yo, que me había apartado algún tanto para que pudieran decir todo aquello que les pareciese, al oírme elogiar, me acerqué en seguida, y volviéndome hacia el duque, dije:

—Señor mío, Vuestra Excelencia Ilustrísima deberá disponer aún otra admirable diligencia, y es mandar que quien quiera haga un modelo en barro, tamaño precisamente como el que puede salir de aquel mármol; y de ese modo Vuestra Excelencia Ilustrísima verá mucho mejor quién lo merece. Y dígoos que si Vuestra Excelencia lo diese á quien no lo mereciere, la sinrazón no será para aquel que lo merezca, antes para vos mismo, porque lograréis daño y vituperio; por donde, haciendo lo contrario, esto es, dándolo á quien lo merezca, en primer término adquiriréis grandísima gloria y gastaréis bien vuestro tesoro, y además las

(1) Gerónimo Lucchesini, embajador residente en Florencia.

personas de buen gusto creerán entonces cómo os deleitáis y entendéis en ello.

Así que hube dicho aquestas palabras, al momento se encogió de hombros el duque; y preparándose para marchar, el embajador de Lucca dijo al duque:

—Señor, este Bienvenido vuestro, es un hombre terrible.

—Es mucho más terrible de lo que pensáis, respondió el duque; y sería mejor para él si no hubiese sido tan terrible, porque habría conseguido á estas horas cosas que no ha logrado.

Aquestas precisas palabras me las repitió el embajador, cuasi reprendiéndome que no debía yo obrar así. Respondíle que quería mucho á mi señor, como su apasionado y fiel siervo, y no sabía hacer el papel de adulator.

Pasadas luego algunas semanas murió Bandinelli; y creyóse que, dejando aparte sus desórdenes, este disgusto de ver que perdía el mármol, fué para ello buena causa (1).

CI.

Llegó á noticia de Bandinelli cómo había yo hecho aquel Crucifijo de que antes hablé: inmediatamente

(1) Vasari, Baldinucci y el mismo epitafio de Bandinelli en la Anunciación de Florencia, dicen que murió en 1559, sin indicación de mes.

echó mano á un trozo de mármol é hizo aquella Piedad (1), que se ve en la iglesia de la Anunciación.

Habiendo dedicado mi Crucifijo á Santa María la Nueva, y teniendo ya puestos los clavos para sujetarlo, sólo pedí hacer á los pies de mi Crucifijo, en el suelo, una pequeña arqueta para que me metiesen en ella después de muerto. Los mencionados frailes me dijeron que no me podían conceder tal cosa sin pedir licencia para ello á sus fabriqueros. Entonces contestéles:

—¡Oh hermanos! y ¿por qué no hablastéis con los fabriqueros antes de admitir mi hermoso Crucifijo y designarle un lugar; que, sin licencia de ellos, me habéis dejado poner los clavos y las demás cosas?

Y por estos motivos, ya no quise dar á la iglesia de Santa María la Nueva obra de tan extremadas fatigas para mí, por más que luego vinieron en mi busca los fabriqueros y me lo suplicaron.

En seguida me dirigí á la iglesia de la Anunciación y tratando de darlo de igual modo como quise en Santa María la Nueva, aquellos virtuosos frailes de la Encarnación, todos de común acuerdo me dijeron que lo llevara á su iglesia y que hiciese allí mi sepultura de cualquier modo como me pareciese y pluguiere.

Habiendo recelado aquesto Bandinelli, púsose con

(1) *Pietà* llaman los italianos á una escultura ó pintura representando á Nuestro Señor Jesucristo, muerto, desclavado de la Cruz y en brazos de su Santísima Madre ó de algún discípulo.

gran premura á concluir su Piedad, y pidió á la duquesa que le hiciese obtener la capilla de los Pazzi, lo cual se logró con dificultad, y en seguida que la tuvo, llevó á ella con mucha premura su obra, la cual no estaba terminada del todo cuando se murió. La duquesa dijo que le había ayudado en vida y le ayudaría también en muerte; y que aun cuando él había muerto, no me imaginase yo conseguir aquel mármol.

Por eso el medianero Bernardo, me dijo cierto día que nos encontramos de campo, cómo la duquesa había dado el mármol; y exclamé:

—¡Oh desventurado mármol! ¡Cierto es que en manos de Bandinelli le esperaba mala suerte; mas en manos del Ammannati, le espera cien veces peor!

Había yo recibido orden del duque para hacer el modelo de barro, tamaño como pudiera dar de sí el mármol; habíame hecho proveer de leños y de tierra, hecho hacer un pequeño apartado en la Loggia donde está mi Perseo, y pagado el costo de un peón. Puse mano á ello con todo el ahinco que podía; hice el armazón de madera según mis buenas reglas, llevándolo á feliz término sin cuidarme de hacerlo en mármol, pues harto conocía cómo la duquesa estaba dispuesta á que yo no lo obtuviese, y por eso no me curaba de ello; solamente que me placía tomarme aquel trabajo, con lo cual prometíame que, una vez acabado, la duquesa, que era en medio de todo persona de entendimiento, luego que lo viese deploraría haber hecho al mármol y á sí propia tamaño desaguizado.

También hacía un modelo Juan el Flamenco (1) en los claustros de Santa Cruz, y otro lo hacía el perusino Vicente Dante en casa del Sr. Octaviano de Médicis; otro lo comenzó el hijo del Moschino en Pisa (2), y otro lo hacía Bartolomé Ammannati en la Loggia, que nos la habían dividido.

Cuando lo tuve todo bien esbozado y quería comenzar á concluir la cabeza, que ya le había dado un poco de primera mano, el duque salió de palacio, y el pintor Jorgillo (3) le llevó á la estancia del Ammannati para hacerle ver el Neptuno; en el cual dicho Jorgillo había trabajado con sus manos muchas jornadas, junto con el referido Ammannati y todos los ayudantes de éste. Mientras que el duque estaba viéndolo, fuéme dicho que le satisfacía muy poco; y si bien el citado Jorgillo quería atolondrarle con su charla, el duque sacudía la cabeza y volviéndose hacia el Sr. Juan Esteban (4), dijo:

—Vete y pregunta á Bienvenido si su gigante está de tal suerte adelantado, que me permita darle un pequeño vistazo.

El Sr. Juan Esteban, muy cortés y benévola-

(1) Juan Bologna, natural de Douay, en Flandes.

(2) Francisco Mosca, llamado *el Moschino*. Carpani demuestra que el mismo Moschino, y no su hijo, es quien tomó parte en el concurso para el Neptuno.

(3) Se refiere al célebre pintor, arquitecto y escritor florentino Jorge Vasari.

(4) Carpani cree que se refiere á Esteban Salli, camarero del duque.

me hizo la embajada de parte del duque, y además me dijo que si mi obra no me parecía que aún estuviera en disposición de mostrarse, lo dijese libremente, pues el duque muy bien conocía cómo había tenido yo poca ayuda para tan grande empresa. Respondíle que viniere por favor, pues aun cuando mi obra iba poco adelantada, tal era el ingenio de Su Excelencia Ilustrísima, que muy bien juzgaría lo que pudiera ser una vez concluido el modelo.

Dicho gentilhombre llevó la embajada al duque, quien vino con sumo gusto; y así que Su Excelencia entró en la estancia y dirigió sus ojos á mi obra, manifestó satisfacerle mucho; después dió vuelta todo alrededor, deteniéndose en los cuatros puntos de vista, que no de otro modo lo hubiera hecho uno que fuera peritísimo en el arte; luego hizo grandes señales y actos en demostración de complacerle, y dijo solamente:

—Bienvenido, sólo te falta darle los últimos toques.

Después volviése hacia los que estaban con Su Excelencia, y dijo muchos loores de mi obra, exclamando:

—El pequeño modelo que ví en su casa plúgome bastante; mas aquesta su obra ha superado en bondad al modelo.

CII.

Plugóle á Dios, que todas las cosas hace por nuestro bien (hablo para aquellos que le confiesan y en Él